

# Poesía y vanguardia en Nicaragua

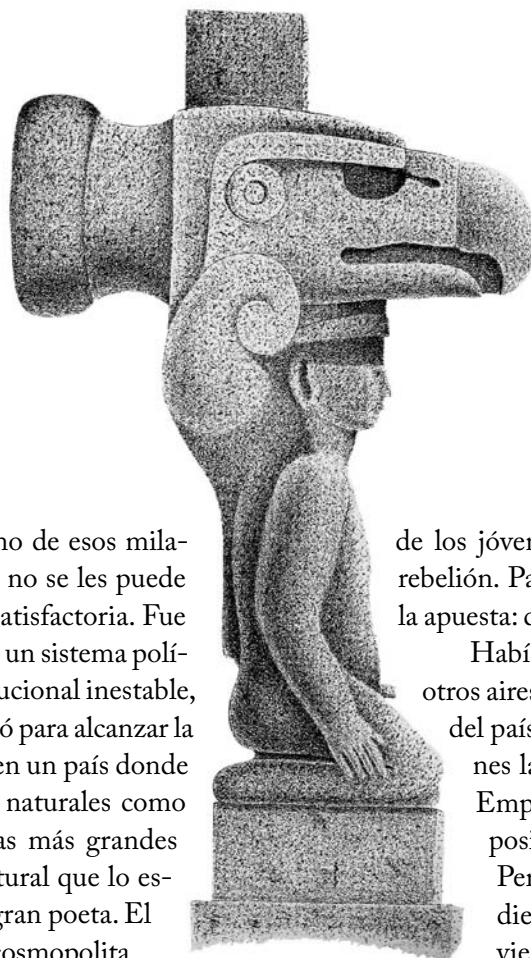
*Miguel Ángel Flores*

A LA SOLA MENCIÓN DE NICARAGUA y sus poemas la memoria saca de su arcón, inevitablemente, a Félix Rubén García Sarmiento, cuyo nombre de pluma, Rubén Darío, nacido en Metapa, un 18 de enero de 1867, en Nicaragua, marcó para siempre a la poesía que se escribe en lengua española. Fue el poeta que hacía sonar sus campanas de cristal y fue el más talentoso y dotado autor de la versión hispanoamericana del simbolismo, que entre nosotros se llama modernismo.

Darío había bebido en las fuentes de la poesía francesa. Primero del prodigioso Víctor Hugo; luego dirigió su mirada a Verlaine, en el que el poema, envuelto en una atmósfera enrarecida, iba a establecer para siempre una simbología que sería su sustento: la del artificio y el mito de poeta como héroe marginal. En Darío y sus versos cabía toda la aventura modernista. Tenía el prodigio de partir de la artesanía para alcanzar las cumbres del arte. Utilizó todos los metros, e incorporó a la poesía un léxico novedoso para la época. Su destreza para escribir lo colmó de gloria. Su fallecimiento fue la hora negra para la poesía en todo el continente americano, y recibió sepultura con los honores que se reservan a los héroes y los hombres de estado. Como sabemos, la sombra de su genio se extendió más allá de las fronteras de su patria. Ya en vida, y más a partir de su muerte, Nicaragua se llenó de imitadores: todos versificaban como Darío. Todos imitaban a Darío. Todos querían ser como Darío. El exceso, en una palabra. La poesía tenía valor sólo si contenía las sustancias estilísticas de Darío.



Rubén Darío



Su figura representa uno de esos milagros inescrutables a los que no se les puede encontrar una explicación satisfactoria. Fue hijo de un país marginal con un sistema político injusto y una vida institucional inestable, ese fue su medio y de él partió para alcanzar la gloria indisputada. Nacido en un país donde las dictaduras parecían tan naturales como los árboles, y capaces de las más grandes barbaries, sin un medio cultural que lo estimulara, se convirtió en el gran poeta. El renovador de su época. Fue cosmopolita. Vivió en un país central para la cultura hispanoamericana a finales del siglo XIX, España, y realizó el viaje a la Meca cultural decimonónica, París. Estuvo en la capital del antiguo imperio español, donde obtuvo la consagración continental pues recibió el elogio de los críticos más eminentes.

¿Había espacio para los jóvenes poetas que reconocían en Rubén Darío una figura tutelar ineludible, pero que se negaban a seguir su camino, ya muy trillado, sin apartarse del canon establecido? ¿Se podía realizar en Nicaragua una aventura innovadora como la que había realizado en su momento Rubén Darío? ¿Qué se podía esperar de un medio sin editoriales ni revistas, con alto analfabetismo y una vida social que olía a sacristía y conservadurismo? Tan firme era ese ambiente que no cabía en la cabeza de la mayor parte

de los jóvenes de entonces emprender ninguna rebelión. Parecía que los jesuitas habían ganado la apuesta: dame un niño y será mío para siempre.

Había que salir de Nicaragua para respirar otros aires culturales y estéticos. Había que salir del país para conocer en todas sus dimensiones la novedad del arte de un nuevo siglo. Empezar la aventura vanguardista era posible sin importar el lugar de origen. Pero no se esperaba que el pequeño país diera una pléyade de poetas que estuvieran a la altura de las circunstancias continentales. Repetirían las hazañas de

Darío, aunque no tendrían la suerte de que sus libros circularan como lo hicieron los de su hermano mayor. Pero siempre han estado presentes para los devotos lectores de poesía. Y nadie les niega el reconocimiento a su obra, que se cuenta entre lo mejor que se ha escrito en Latinoamérica. La revolución estética la inició Salomón de la Selva y la culminó Ernesto Cardenal. Como Darío en su época, éste último volvió a poner a Nicaragua en el mapa de nuestra poesía. Y gozó, o goza, de la suerte de la difusión continental. Le tocaron mejores tiempos que a sus colegas que aparecieron en el mundo editorial después de Salomón de la Selva. Se pregunta uno por qué ese conjunto de poetas nicaragüenses no goza todavía del privilegio de figurar en los catálogos de las editoriales españolas, mexicanas

o argentinas, para mencionar a los centros editores más importantes de la lengua española, como debía ser.

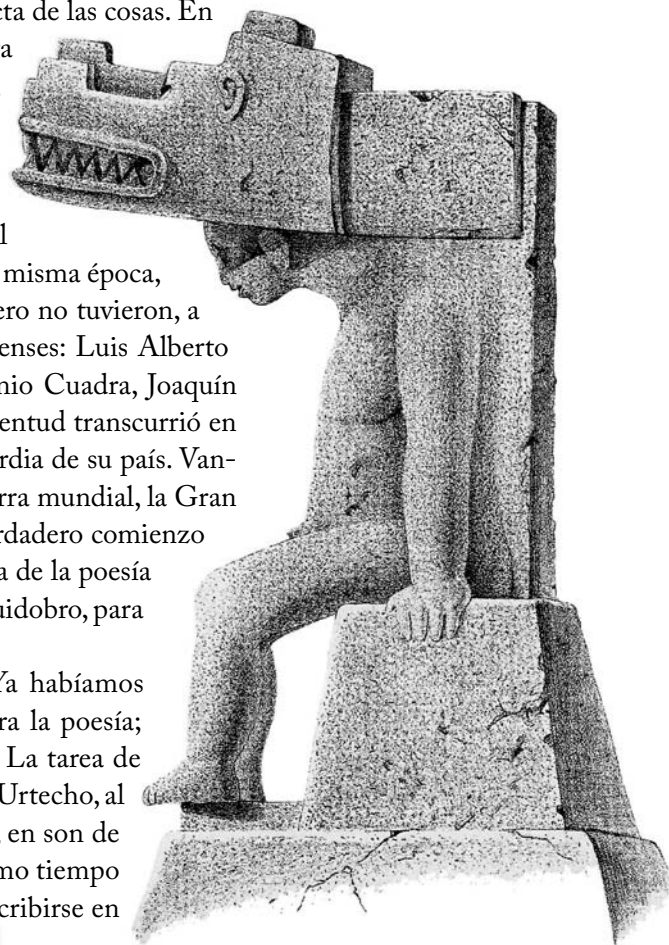
Para reparar esta falta, al menos en el medio mexicano, la Universidad Autónoma Metropolitana ha publicado una antología de poetas nicaragüenses que contribuyeron a cimentar la poesía de un nuevo siglo. Debemos esta emérita labor a un estudioso de origen nicaragüense, hoy mexicano, y por ello compatriota nuestro por voluntad propia, Moisés Elías Fuentes. Su trabajo es impecable. A su selección de poemas antecede un prólogo que contiene los datos suficientes para informarnos sobre el contexto cultural y nacional en el que los poetas de la vanguardia nicaragüense, nacidos todos en los inicios del siglo xx, elaboraron su obra. El dato es puntual, la apreciación exacta.

Para medir la importancia y trascendencia de los vanguardistas nicaragüenses: su mayor influencia, su punto de partida, fue en gran parte la poesía norteamericana, que incorporaba a su léxico el habla coloquial y la mención directa de las cosas. En Norteamérica, el *Imagismo* era el procedimiento dominante para escribir la nueva poesía. La poesía tenía que ser el objeto nuevo, debía tener la objetividad de la observación casi sin interferencias metafóricas en la mayoría de los casos. Hacer que al nombrar las cosas antiguas éstas parecieran nuevas. *Make it new*, decía Pound. En Brasil se estaba llevando una renovación en la poesía de igual envergadura en los mismos años. Es verdad que en México, en la misma época, los estridentistas hicieron sonar los clarines de la vanguardia, pero no tuvieron, a pesar de su importancia, la fuerza lírica de los poetas nicaragüenses: Luis Alberto Cabrales, José Coronel Urtecho, Manolo Cuadra, Pablo Antonio Cuadra, Joaquín Pasos y Alberto Ordoñez Arguello. Estos cinco poetas, cuya juventud transcurrió en la tercera década del siglo xx, formaron el corazón de la vanguardia de su país. Vanguardia, término militar que significa avanzada. La primera guerra mundial, la Gran Guerra, como la nombraron sus abuelos, había significado el verdadero comienzo de un nuevo siglo. Todo un viejo orden fue liquidado. Y una idea de la poesía también. En los años veinte publican Vallejo y Eliot, Pound y Huidobro, para mencionar sólo algunos nombres tutelares.

Había que matar al padre para afirmar una identidad. Ya habíamos mencionado que su presencia aplastaba cualquier vocación para la poesía; su sombra oscurecía cualquier tentativa en la escritura poética. La tarea de aniquilar al padre y maestro fue llevada a cabo por José Coronel Urtecho, al escribir “Oda a Rubén Darío” en son de burla o digamos mejor, en son de parodia. Al escribir el poema, Coronel Urtecho realizaba al mismo tiempo la operación de construir una poesía al intentar ser radical e inscribirse en

◀ Rey de Zopilotes.  
Ilustración del libro  
*Nicaraguan Antiquities*,  
Carl Bovallius, 1886

▼ Cabeza de cocodrilo.  
Ilustración del libro  
*Nicaraguan Antiquities*,  
Carl Bovallius, 1886



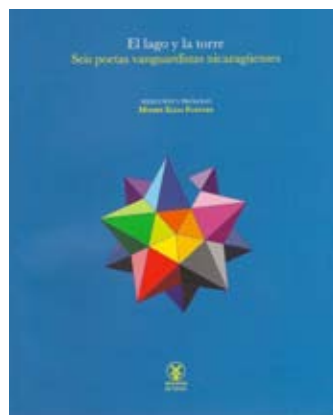
la tradición de lo nuevo. Moisés Elías Fuentes señala el año de 1925 como el inicio del movimiento nicaragüense de Vanguardia, pues fue el año que Coronel publicó su poema.

El hermano mayor de los poetas vanguardistas fue Luis Alberto Cabrales. A él le siguió en orden cronológico José Coronel Urtecho. Ambos salieron de su país para residir, un tiempo, el primero en Francia y el segundo en Estados Unidos. Los dos, como los demás poetas vanguardistas, provenían de familias apegadas al poder autoritario y a los ordenamientos de la religión católica. Los poetas de esta generación vivirían sometidos a la tensión que producía su conservadurismo en oposición a sus búsquedas que desembocaron en una revolución estética. Estaban desde su juventud ya inscritos en esa paradoja del revolucionario en el ámbito artístico y el reaccionario en asuntos políticos.

Luis Alberto Cabrales se había educado en Francia. Y había asistido a la difusión de la obra de los nuevos poetas de ese país: Apollinaire y Cendras, por ejemplo. Elías abre su antología con la inclusión de un poema de Cabrales cuya motivación para hablar de su país es una locomotora. Cabrales está en su país no para darnos una versión folclórica, sino para describirlo con una mirada diferente con versos en los que está presente una fina ironía y que va tomado de la mano de un personaje de la modernidad. Se siente en el poema el eco del modernismo, pero en Cabrales, este movimiento se nota que ha sido para él escuela de disciplina y afinación de su oído:

Bajando cuestas, subiendo cuestas,  
contempla a su paso las vacas tranquilas  
que pacen o brincan con sus crías,  
y de ternura enrojecen más y más sus pupilas

Lee el lector y se le dilatan las pupilas. Alguien habría pensado en este cuadro bucólico que las vacas miran con ternura el milagro tecnológico y que lo que destaca



*El lago y la torre: seis poetas vanguardistas  
nicaragüenses*

Selección y prólogo de Moisés Elías Fuentes  
México, Universidad Autónoma Metropolitana  
2011. (Col. Molinos de viento, 145)

de todo ello es el efecto de enrojecimiento sobre sus pupilas.

Coronel Urtecho es más radical; es el parricida sin embozos. Pasó algunos años de su juventud en los Estados Unidos, años en que poetas como Eliot, Pound, Williams Carlos Williams, Sandburg, Stevens, construían el espíritu moderno en la poesía norteamericana. Recogió lo más esencial de sus procedimientos y aplicó la lección de nombrar directamente las cosas, con base en estos elementos procedió a liquidar la estética de Darío. A su *Oda* la dotó de una narrativa que parte de fundir una idea de lo sublime con los objetos más prosaicos de nuestra vida cotidiana.

En nuestra casa nos reuníamos  
para verte partir en globo  
y tú partías en una galera  
—después descubrimos que la luna  
era una bicicleta—  
y regresabas a la gran fiesta  
de la apertura de tu maleta

La poesía de Pablo Antonio Cuadra es un verdadero surtidor de imágenes. Es el poeta que dejara más profunda huella en la poesía de Nicaragua. Su poesía es la de registros más amplios y posee una concepción

más rica en cuanto a la estructuración del poema. Tuvo el acierto de recobrar la tradición prehispánica para incorporarla a la nueva poesía no con una visión arqueológica sino tratando siempre de insertarla en la modernidad con una actitud crítica. Su obra va del poema breve y lúdico hasta el versículo, herencia de Whitman y Claudel. Hay una intención de escribir poemas de largo aliento con una narratividad que no deriva en prosa y que sabe sostener una constante tensión entre lo nombrado y la forma; es un poeta edénico que realiza una travesía por su país y en cuyos versos va sembrando la palabra con que se nombra una vegetación:

Allí, anterior a mi canto  
anterior a mí mismo invento el pedernal  
y alumbro el verde sórdido de las heliconias,  
el hirviente silencio de los manglares  
y enciendo la orquídea en la noche de la toboba.  
Llamo. Grito ¡Estrella!, ¿quién ha abierto las puertas  
de la noche?

Joaquín Pasos nos dejó poemas que se leen como si abriera una caja llena de maravillas, tal es su efectividad y el asombro que nos causan sus imágenes. Hay un aire de familia, y no podía ser de otra forma, en los poemas que empezaron a escribir en los primeros años de nuestro siglo y que escribían a contracorriente de su tradición había que afirmar una presencia y una identidad.

A Alberto Ordóñez Argüello lo unió el parentesco y la amistad inquebrantable —nos dice Moisés Elías Fuentes— con Joaquín Pasos. La suya es una poesía donde se hace presente el eco de la copla popular, se trata de una poesía como la de sus pares llena de imágenes que nos hablan de alguien que conoce bien el secreto para escribir un verdadero poema:

Tortuga que navegas en un mareado espejo.  
Conozco tus amores de islas adolescentes,  
papá de los impulsos viajeros de mi sangre.

Tus noches tempestuosas al doblar Zapatera  
y tu feliz pitazo llegando a Moyogalpa.

Me despido con estos renglones que escribí al leer la  
antología que preparó con tan afinado criterio Moisés  
Elías Fuentes:

Este era un país  
Hecho de volcanes y de ríos  
Mares quizá sin azul pintado  
Y lago sembrado de tiburones  
Que guarda en sus entrañas un sismo  
Un país trezado de selvas  
Tapizado de poetas y palabras  
A falta de diamantes  
Un país donde la poesía caminó con Pasos firmes  
Y Cuadra bien el verso el poeta inmenso  
Un país donde la poesía anda  
Entre Coroneles y Cardenales **AVA**



Hombre. Ilustración del libro *Nicaraguan Antiquities*, Carl Bovallius, 1886